

El Milagro Griego

Por Sebastián Salazar Bondy

El arte heleno comienza en la isla de Creta. Es allí, especialmente en Cnosos (2,000 años antes de J.C.), en donde se da una arquitectura y una cerámica que preceden a las del esplendor griego en lo que a serenidad, armonía y belleza se refiere. La espiritualidad de estas creaciones se traslada luego a la península, donde desde el siglo VII a. de J.C. aparece una escultura que, a diferencia de la oriental, tiene como medida al hombre, cuyo canon adopta. Los dioses —Apolo, sobre todo— se humanizan, entran en contacto con sus criaturas. Más adelante, como lo expresa el templo de Zeus en Olimpia, esta gracia original se hace dramática, profunda, grave. Con el esplendor se fijan las características del estilo artístico heleno: los escultores Praxiteles, Scopas y Lisipo, crean una estatuaria que si bien hoy parece fría fue, por la pintura que la recubrió, viva y sensual. Hay pintura mural y hay una gran arquitectura (el Partenón es el ejemplo tradicional). Pasado el auge intelectual, político y militar de Grecia, cuando se produce el impetu conquistador de Macedonia, el arte comienza a reflejar la duda. Pierde grandeza, pero gana en sensibilidad: ahí está el Apolo de Belvedere. Cuando los romanos invaden la península, surge un arte que tiene del tradicional de Grecia la maestría, aun cuando, como lo expresa el Laocoonte, ingresa en su inspiración el horror.

El siglo V A. de J.C. es el característico de esta cultura que se ha dado en llamar milagrosa, puesto que aparece inesperadamente, libre del sello de las que la precedieron (a pesar de que aprende mucho de ella) y autónoma en su estilo. Este surge de una concepción optimista del mundo, de una pureza celestial, de una fuerza creadora que no ha tenido pareja. El mármol es el material predilecto de esta civilización que indaga todo, que plantea por sí todos los interrogantes y que los responde con un alarde de claridad como el de su paisaje, su firmamento, su historia. En la época de máxima calidad del arte heleno se da la ejemplar escultura llamada la Victoria de Samotracia (actualmente en el Louvre, en París): un impulso supremo mueve el mármol, cuya pesantez está maravillosamente equilibrada por la airosa concepción del ropaje. Avanza y vuela, está detenida y se mueve: he allí cómo la monumentalidad puede ser delicada.

El modelo griego será la clave de todo el arte occidental: contra él o por él se desarrollarán los esfuerzos de los artistas hasta nuestros días. Si Grecia mue-

re, su arte —y su filosofía o su ciencia— nutren todavía, más de dos mil años más tarde de su esplendor, el pensamiento y la creación occidentales. Ese milagro de la perduración no es menor, por cierto, que el de su aparición siete siglos antes del advenimiento del cristianismo, que también tomaría de la sabiduría helena algo de su riquísima esencia.